

LECTURAS | NOVEDADES

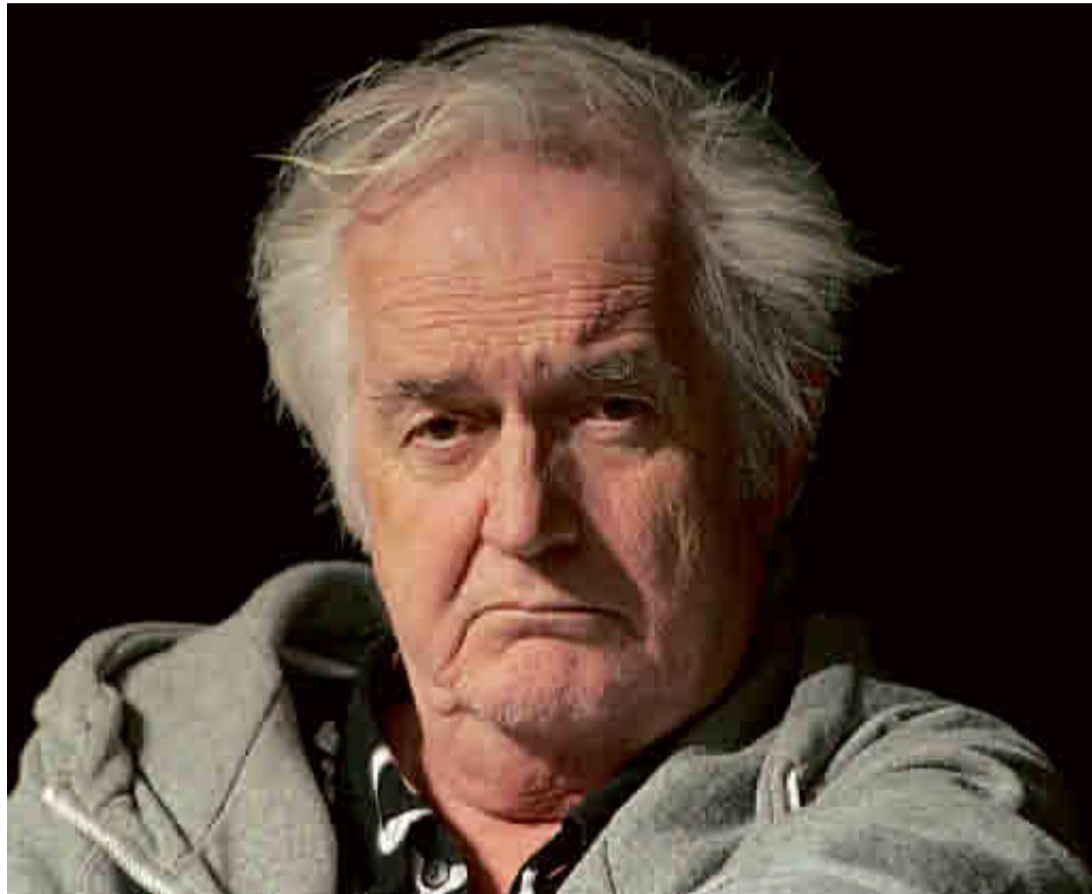
He oído cantar al mirlo

‘Arenas movedizas’, las memorias con las que Henning Mankell sobrellevó el cáncer que acabó con su vida. Empezó con los recuerdos infantiles

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Un hombre abandona una fiesta antes de que concluya. Se va a su casa y allí se entera de que el techo del local donde acababa de estar se ha derrumbado sobre los asistentes y provocado una gran matanza. Ha sobrevivido a una catástrofe. Pero se da cuenta de una duplicidad que lo acompañará a partir de ahora: en su mente, sus compañeros de fiesta están vivos, sonrientes, bailando, de charla, tal y como los dejó al irse; sin embargo, están muertos en la otra realidad, en la externa. Lo mismo me ocurre mientras estoy a punto de concluir las páginas de *Arenas movedizas*, donde se cuenta esta historia. Los medios anuncian que ha muerto su autor, Henning Mankell (Suecia, 1948), y yo lo estoy leyendo vivo todavía él, contándome precisamente su lucha contra el cáncer, en un mar de incertidumbre sobre el futuro que, ahora, yo ya conozco y él no conocía mientras tecleaba los recuerdos que le iban sobreviniendo desde que, durante las navidades de 2013, una rigidez en la nuca y una parálisis en un pulgar revelaron al cabo que un tumor pulmonar había hecho metástasis en su cabeza.

Mankell fue quien me enseñó que la literatura negra o policiaca o como se diga era un excelente medio para escarbar en la superficie de la muy feliz y modélica sociedad nórdica, la sociedad del bienestar, y encontrar bajo la misma los odios, las abominaciones, los horrores, los rencores, las locuras que esconde. Ocurrió hace más de veinte años, cuando dio comienzo su serie de novelas con el inspector Kurt Wallander como protagonista. El cine y la televisión nos completaban las historias a los forofos que queríamos más Wallander, bien fuera con Kenneth Branagh encarnándolo, bien con el excelen-



Henning Mankell. | LA PROVINCIA / DLP

te Krister Henriksson. Wallander: el estoicismo, la tranquilidad, la ira a duras penas sofrenada, la música como refugio, el amor que no llega o no se sabe retener, la inteligencia pronta, el alcohol opiáceo para adormecer la demasiada realidad, esa hija... (Nada que ver, pues, con tanto novelista americano del norte, tan tristemente tópico, tan y tan sobrevalorado). Luego, va uno enterándose de que Mankell era un ciudadano incómodo para el Poder, pues, en lugar de quedarse en su casa disfrutando de los réditos de las ventas millonarias, pasaba gran parte del año en Mozambique, impulsando allí proyectos teatrales, o de que se embarcaba, literalmente, en la flotilla humanitaria

que trataba de romper el cerco de Gaza. Siempre lamentó, por cierto, ser el único escritor presente en aquella acción: me canso de repetirlo, el autor, el intelectual como lo entendíamos ha muerto, y, ahora, tras irse Mankell, más muerto queda aún.

Cuando le diagnostican cáncer, Mankell escribe. Escribe *Arenas movedizas*, en recuerdo de un recuerdo infantil, de esos granos como tentáculos que le apresan y hunden. No se para, no se detiene en la autolástima, aunque “fue una de las pocas ocasiones en mi vida en que estuve a punto de empezar a quejarme”. Ojo, tiene un cáncer quizá terminal (así fue), de modo que nada de bromas, nada

de florituras, nada de verborrea: verdad y nada más que la verdad. Mezcladas con anécdotas nada jocosas (a punto de morir una vez, en África: una pistola en la cabeza; una brutal paliza portuaria; un viaje por tierras de Salamanca donde asiste perplejo a la renuncia de un camarero...), Mankell pasa revista. A la ficción, al arte: “El hombre es un ser que, a lo largo de milenios, se ha desarrollado hacia una funcionalidad cada vez mayor. No tendríamos la enorme capacidad creativa que parte de la fantasía y de la inventiva si no fuera un rasgo necesario para nuestra capacidad de supervivencia”. A la enorme empatía que siempre le animó: [en una cafetería de París] “Observo a las personas que hay en las otras mesas y pienso que todas ellas albergan algún tipo de esperanza. De que algo salga bien, de que algo pase pronto, de encontrar la explicación a algo, de que algo que les causaría dolor no sea cierto. Tenemos que procurar siempre que la esperanza sea más fuerte que la desesperanza. Sin esperanza no hay, en el fondo, supervivencia”. A la esperanza, al esfuerzo por mantenerla: “Nunca es demasiado tarde para nada. Todo es posible todavía”. A esa empatía, insisto, cuando no nos damos cuenta de que no solo el occidente del bienestar existe: “Llevo en mi interior a vivos y a muertos, y supongo que, de la misma manera, yo también existo dentro de otros que se reconocen en mí”. O lo que somos y seguimos siendo hasta que los residuos nucleares (obsesión nuclear de Mankell) nos sepien: “Millones de personas que hacen una breve visita a la Tierra, una visita que coincide con la nuestra”. Esa visita: “La vida es un viaje tumultuoso entre lo que nos causa miedo y lo que nos da alegría. En el mejor de los casos logramos atesorar buenos recuerdos a lo largo de ella. Por más que, en nuestro mundo, sean demasiadas las personas que se ven obligadas a olvidar para vivir”.

Una mañana, tras una época en que la quimioterapia le había dejado sin fuerza alguna, Henning Mankell escucha el canto de un mirlo: “He oído cantar al mirlo, luego he vivido”, reflexiona. Acaba de morir, a los 67 años, en Gotemburgo, de ese cáncer.



Arenas movedizas

HENNING MANKELL

Tusquets editores

Relato crudo de una juventud desclasada y desarbolada

EUGENIO FUENTES

Silos punkies de mediados de los setenta chillaban “No futur”, el francés Lionel Tran, que sólo tenía cinco años cuando los Pistols se paseaban en barco por el Támesis sacándole la lengua a la Reina, lanza en “anglogalo” un grito aún más lacerte: “No present”, o sea, el *Sin presente* que da título a esta novela. Tran ya es conocido de los lectores en castellano, porque su *Sida mental* (2008) conmocionó a quienes tuvieron la sabia intuición de reparar en ella.



Sin presente

LIONEL TRAN

Periférica
152 páginas
16 euros

La fascinante historia de cómo los peces se volvieron hombres

E. F.

Neil Shubin (Filadelfia, 1960) es paleontólogo y, sin embargo, ha dirigido durante años el curso de Anatomía Humana. Al fin y al cabo, como explica en el prólogo a *Tu pez interior*, los mejores mapas para entender por qué el cuerpo humano tiene la conformación que conocemos están dibujados en los cuerpos de otros animales, que no son sino versiones más simples del nuestro. Shubin fue en 2006 codescubridor del Tiktaalik, pez fósil de 375 millones de años.



Tu pez interior

NEIL SHUBIN

Capitán Swing
264 páginas
18,75 euros

Cuando el juego de cerrar los ojos se convierte en ceguera

E. F.

Todo está tranquilo arriba, la historia de un granjero que a los 55 años toma las riendas de su vida, fue el volumen con el que en 2012 se estrenó *Rayo Verde*. La novela, del holandés Gerbrand Bakker, era desde su aparición en los Países Bajos una aspiradora de premios y fue traducida a numerosos idiomas, lo cual conllevó sucesivas cosechas de galardones. En *Todo está tranquilo arriba*, están ya todas las claves de la narrativa de Bakker: claridad concisa.



Los perales tienen la flor blanca

GERBRAND BAKKER

Rayo Verde, 156 págs.
16 euros